



LIGHT HOUSE STUDIO

EL OTOÑO OTRA VEZ, UNA POÉTICA DE LA ESPERA.

La pintura de Kadir López explicada en tres figuras: la infancia, la ciudad, y la pesca.

Por: Rufo Caballero

El viaje del hombre es un recorrido hacia la sencillez. En la medida en que el sujeto va creciendo, la vida se complica y se arma de catedrales barrocas. El hombre intenta conocer la complejidad, subsistir en medio de la referencia y la dificultad. La vida se vuelve, quiérase que no, una experiencia sinuosa, a menudo semejante al calvario o la expurgación, a veces dichosa en la fiesta y la celebración. Pero los años de la madurez son tiempos de fecunda síntesis, de decantación: años que parecieran vecinos de la elementalidad, cuando todo lo contrario, son tiempos de una agudeza bestial que permite decir tanto con apenas nada, donde la prescindencia se vuelve un valor y la sobriedad una virtud enaltecadora; allí donde antes estuvo el laberinto, la emoción exaltada.

Cuesta nada explicarlo con el cine, por ejemplo. Obviamente el cine es, de todas las artes, aquella que mejor emula, analógicamente, el paso de los días, el transcurrir del hombre por el mundo. ¿De qué forma se explicaría el hecho de que un director como Akira Kurosawa, autor de *Rashomon*, *Kagemusha* y *Ran*, filmara en su etapa postrera una película como *Los sueños*, armada de breves episodios que se contentan con observar recodos casi fútiles de la conducta humana? ¿O cómo, que Humberto Solás, luego de sus monumentales frescos históricos, de *Lucía* a *El Siglo de las Luces*, emprendiera un viaje de regreso a la vida supuestamente común de la gente más humilde y desvalida en *Barrio Cuba*? El anciano-maestro de *Primavera, verano, otoño, invierno, y primavera otra vez*, la polémica cinta del coreano Kim Ki-duk, después de indicarle al aprendiz el camino de la anagnórisis, al quedarse sólo con la evidencia del sufrimiento y la endeblez de la vida sujeta al dolor y el retraimiento, decide inmolarse, callado, cuando se prende fuego como una isla que se apaga en medio del agua, luego de haber cruzado todos los accidentes del vía crucis que

📍 Ave. 47 No. 3430 e/ 34 y 41, Kohly, La Habana, Cuba

☎ +5372065772 | +5352816686 | +1 310 525 6367

✉ kdirkolor@yahoo.es 🌐 www.kadirlopez.com



LIGHT HOUSE STUDIO

significa la vida humana. En el caso de la pintura, tenemos un horizonte similar. Muchos de los grandes vanguardistas del siglo XX concluyeron sus días pergeñando unos insignificantes dibujitos en donde quedaba fijada, sin embargo, la real complejidad de sus visiones del mundo, mucho más que en anteriores instalaciones, que en intelectuales performances; que en las vastas y quizá un poco vanas estructuras de ayer.

El artista cubano Kadir López ha madurado sorprendentemente rápido. Hay que decirlo si comprobamos que Kadir es todavía un hombre muy joven, y si recordamos que su entronizamiento en la plástica cubana data de un decenio atrás no más, cuando en el I Salón de Arte Contemporáneo (1995) presentara aquel mítico juego de bolos ante el cual el espectador se sentía tentado a rediseñar el destino, siempre un poco azaroso y medio antojadizo, del arte cubano. Quienes recuerden aquella instalación y se enfrenten a los lienzos actuales de Kadir, desnudos, a veces tendentes a la expresión abstracta de sentimientos y sensaciones, sudantes de una emoción interior duradera y frágil, con un panorama así de desolado y doliente, en el que la vida deja la impresión y el sabor amargo y sabio de que todo ya ha sucedido, comprenderán que la mirada del artista al mundo ha sufrido una sacudida brutal. El cambio acontece en años donde el triunfo artístico se muestra paralelo a la introspección existencial, como si el pintor hubiera podido conciliar el éxito y el silencio, el crédito y la facultad de asilarse en un hueco de ensimismamiento para atender y entender el mundo. En diez años las mutaciones en la poética de Kadir son enormes, equivalen a ese paso del hombre por la vida hacia la síntesis y la esencia de las cosas.

Ha sido el tránsito del barroco alusivo a una economía de recursos expresivos que puede hoy decirlo todo sin un solo acento. Ha sido el puente del intertexto al texto, de la referencia a la visión personal, de la dependencia cultural a la autonomía de un mundo. En los primeros años del Kadir conocido, diríase que entre 1994 y 1999, aproximadamente, teníamos a un brillante titulado de arte que celebraba su entrada en la palestra artística cubana con un repertorio donde pesaba aún mucho, lógicamente, la carga referencial de la escuela, el mareo estético de la academia. Fue lo mismo que ocurrió con mis primeros años como crítico; tal sucede hoy con los pintores y críticos de esta hora. La gente necesita

📍 Ave. 47 No. 3430 e/ 34 y 41, Kohly, La Habana, Cuba

☎ +5372065772 | +5352816686 | +1 310 525 6367

✉ kdirkolor@yahoo.es 🌐 www.kadirlopez.com



LIGHT HOUSE STUDIO

exteriorizar ante el mundo una carga genuina de saberes, de habilidades, que representa, lejos de lo que a menudo se presume, una hermosa muestra de necesidad de comunicación, y de auténtica capacidad humana e intelectual. En los artistas verdaderos, con los años, ese hervidero referencial se constituye en un abrevadero calmo y espacioso, sereno, donde el arte deviene la observación sagaz de la vida antes que la descripción crítica del arte mismo. La referencia deja de ser una excusa y la vida puebla al fin el universo de significaciones personales que puede entregar, ahora sí, el artista. Y tiene lugar entonces la más engeguedora de las paradojas: allí donde el creador puede al fin abrirse al mundo, finalmente fuera del velo ceremonioso de la cultura como almacén, encuentra que el mundo es un paraje donde ya todos, posiblemente, se marcharon.

Han sido estos años el tránsito del juego al testimonio de un repliegue, de una ausencia. Ello implica más de un cambio sensible: de la festividad exultante al documento plástico callado y austero, del color reverberante a una croma pálida, plomiza, alcalina por momentos, discreta siempre. Cuando Kadir mantuvo durante años al arte como tema, con sus meandros en el mundo del mercado, la institución, la ilógica de la historia del arte, etc, su premisa fue, pudo ser, el juego. El afán lúdico marcaba un grupo de contingencias y eventualidades de supeditación ante las cuales al artista quedaba apenas la opción de la risa, el intertexto paródico, la representación irónica. Con los años, cuando sigilosamente la vida fue entrando en su trabajo, fue presidiendo su mirada, todo se volvió gris y tenue, se perdieron los sobresaltos, se sacrificó la agitación de antaño.

Valga decir, porque es tiempo de ello, que ese centramiento vital no es otra cosa que la huella pictórica de un sentimiento de zozobra, de desazón, en cuanto a los años que se han ido, a la felicidad que ya no está, si fue que existió alguna vez. Digo lo último porque en la pintura de Kadir hay algo como de simulacro, como de invención o imaginación de las fuentes, como de línea de deseo más que realidad. Como si el pasado fuera también una fantasía, el ansia de un presente sin ánimo. De ahí que, al referirnos a la vida en el trabajo actual del autor, no aludimos, para nada, al asalto de la circunstancia del hoy en el creador o su ámbito, sino a la pausada introspección que revisa una experiencia personal y común signada por la pérdida, el desprendimiento, la abulia que sumerge en una emotividad

📍 Ave. 47 No. 3430 e/ 34 y 41, Kohly, La Habana, Cuba

☎ +5372065772 | +5352816686 | +1 310 525 6367

✉ kdirkolor@yahoo.es 🌐 www.kadirlopez.com



LIGHT HOUSE STUDIO

desprolija, en donde la ausencia enseñorea las piezas. Pero la certeza de la quebradura no carena en la queja, en el marasmo quejumbroso, sino en el testimonio plástico leve, que encubre un sismo pero se expresa con la parsimonia y la seguridad de la madurez. Del juego irónico hemos pasado en Kadir al documento visual del juego inocente en los niños, cuando no éramos en absoluto conscientes de la soledad y el abandono que sobrevendrían.

El niño es el gran sujeto de la pintura de Kadir en los años más recientes. La infancia, que pudiera o debiera suponer la celebración de un don, de un privilegio, de una alegría, implica en estos lienzos y cartulinas una inclemente sensación de pérdida, de vacío. El dilema de la ausencia se expresa más que todo en esos niños encanecidos, de presurosa e inexplicable vejez. Niños que se atan, se cuelgan, dependen de unas cuerdas que no se sabe a donde conducen como no sea a la incertidumbre y la ansiedad. Niños que arrastran unas carretillas enigmáticas, de la misma forma que los ancianos descastados y vagabundos arrastran tanques y bolsas de basura en la ciudad lateral. Porque el artista suele contrastar, en una misma figura, los valores de la antípoda, de la antítesis, la posibilidad adversa de la negación de la sonrisa. Niños sin lozanía que disfrutar; niños que se mecen en columpios sesgados por el pintor hasta que falte siempre el rostro de los chicos, que se empinan, impersonales y perdidos, hacia cualquier lugar fuera de la composición. Niños que permanecen fuera del tiempo y de la ilusión de la felicidad, así como se hallan después del espacio. Sustraerle el rostro a un niño supone una crueldad artística que sólo desde esa posición es capaz de apelar, por omisión, a la nobleza ida, inexistente ya. ¿Son niños que existieron en un pasado irrecuperable; niños que habitan sólo la mente del artista, que invaden su subjetividad como una voz espectral en medio de los recuerdos?

Cuando hablo de ausencia, hablo de dilema. ¿Por qué? ¿Se trata de una ausencia sufrida con placer; de una ausencia, digamos, querida? ¿O, por el contrario, se trata de una ausencia advertida con dolor? Posiblemente sea lo segundo, aunque, aun así, es un dolor sordo, una rabia cautelosa, un desmán que existe a su pesar y que evita todo el tiempo la gravedad del dramatismo. No habría que desconocer tampoco que en los 2000 Kadir firma la mayoría de sus piezas como producidas en 1972, año de su nacimiento. ¿Asistimos a una autobiografía pictórica; a un álbum de aprendizaje? Con todo y la fecha recurrente, me

📍 Ave. 47 No. 3430 e/ 34 y 41, Kohly, La Habana, Cuba

☎ +5372065772 | +5352816686 | +1 310 525 6367

✉ kdirkolor@yahoo.es 🌐 www.kadirlopez.com



LIGHT HOUSE STUDIO

parecería arriesgado acabar de colegir tal cosa, por otra razón como un templo: jamás la metáfora es en Kadir un territorio socorrido, previsible, lineal. El ejemplo exacto de lo anterior (valdría decir: más vago que exacto) reside en las obras donde unos globos frecuentan el malecón habanero, sobrevuelan la ciudad. El globo debiera ser el motivo idóneo para la expresión de la celebración, pero pudiera ser, cómo no, la posibilidad del escape, de la fuga, la ilusión de la ida, la capacidad de trascender todas las contingencias y todas las ataduras.

La ciudad, tierra sagrada de la ausencia, recinto colectivo del abandono, repertorio obsesivo en el último Kadir. La ciudad que se expresa mayormente por metonimias, por extensiones físicas supuestas por cualidades raigales; y entre ellas, con mucha fuerza, el silencio y la ausencia. La ciudad oscura donde no se perciben seres vivos, donde la sombra y la penumbra denotan un estado secreto de supervivencia, de permanencia de lo antiguo. Como el pasado tiene en Kadir un peso definitorio, y es claro que existe para él *el pasado*, no la Historia (la intimidad escurridiza de la memoria; no el grito o el espasmo en la plaza pública), *la espera* resulta un sujeto enteramente metafísico, una filosofía de vida en su poética. La espera infructuosa, que no por persistente deja de saberse fracasada. Radica acá otra de las grandes tensiones conceptuales que animan el trabajo actual del artista: se espera el ayer, no el mañana, como si el horizonte se abriera con la memoria, y las piezas nos dijeran que el tiempo extravió para siempre su transcurrir lineal, hacia delante.

La ciudad que viene de lejos y que se mantiene imperturbable con un donaire oscuro, que extrae de no se sabe dónde. Ciudad sumergida, ciudad latente, ciudad escondida, ciudad interior, como en aquel Testamento del pez. Sábanas blancas colgadas no en los balcones sino en el malecón; sábanas que esgrimen un discurso de la rendición y que invitan a pensar acerca de dónde está esa gente que tendió su alma al viento y se fue. Sábanas que, ralentizadas, baten al viento cuando tantos ya no están. Siendo que el blanco cesa de ser la pureza para devenir, como en la cultura asiática, el luto, la impronta de una carencia, el clamor por algo o alguien que se ha rendido. Sábanas blancas de un enigma artístico insospechado: ahí están y sólo Dios sabe a dónde miran, qué esperan, de qué nos hablan.



LIGHT HOUSE STUDIO

Entre las obras pintadas o instaladas por Kadir en los últimos años existe un díptico que llama poderosamente mi atención, por el grado extremo de condensación de la idea y la efectividad comunicativa de su resolución plástica: en la diada *Collar*, dos planos angulares nos revelan los postes y el alambrado de la ciudad, con todas las luces encendidas. En uno, fechado en 1972, es de día; en el otro, es ya la noche y 2005. El segundo, aparentemente más impactante por la convicción del tiempo cumplido un poco en vano, resulta sin embargo algo presumible: habla de todas formas de la ciudad iluminada por gusto, en medio de un reposo y una desidia totales, que acaso no necesitan de las luces. Pero el primero, con las luces prendidas cuando todavía reinaba el día, tiene la eficacia de un puñetazo, el misterio genuino del gran arte. En el inicio fue el verbo y el ocio; en el embrión estaba ya el deceso; en la hora del mismo nacimiento se advertía ya la agonía teatral de la tragedia. Causa grima la vigilia retórica, sin sentido, la luz que agoniza y compite con el sol sin que nadie repare en su exceso, en la necedad de su constancia. De cualquier manera, lo determinante no está en uno u otro caso, sino en la constancia de que las mismas bombillas atravesaron, resistieron, toda una vida ajena a la evidencia insignificante de la luz. Luz fortuita, artificial, postiza, luz incierta, luz pretextada, coartada de luz. Es esa la estampa más descolocadora y desasosegante de cuantas pudimos imaginar; en su sencillez artística alcanza a expresar un mundo de significados, una rotundez de connotaciones que nos dicen muchísimo lo mismo sobre la adultez creativa del autor que sobre el abatimiento operático al centro de la obra.

La ciudad limítrofe, la proximidad del mar, el océano que se abre, la promiscuidad de la isla que allí donde se acaba, comienza de veras. Los espíritus que brotan del agua no son reminiscencias concretas de una u otra emigración perdida, no son el testimonio de un naufragio colectivo: son el ajuste de cuentas de una cultura extraviada en el mar. Esos espíritus podemos ser nosotros, que, como la Santa Cecilia de Abilio Estévez, venimos en realidad del mar. Pero tal vez no: son mayormente voces provenientes de una civilización remota, cuyo naufragio explica acaso el silbido amenazante de la actualidad. En ocasiones salen espíritus, pero en otras afloran pinturas, datos que son en definitiva espíritus mejores, caudales todavía más precisos al hablar de una civilización sumergida cuya memoria vive



LIGHT HOUSE STUDIO

en nuestra culpa. Una arqueología del espíritu, de la historia existencial que sólo el arte, nunca la política ni la ética, puede documentar con semejante lucidez, con la envergadura vaga y demoledora del símbolo. Ya ni siquiera brotan del mar esos tesoros que refieren el pasado; antes bien, estos son tiempos de detonar museos, de acribillar el patrimonio, de anular el saber que ha sido legado en forma milenaria. Hay entonces en Kadir como una visión escéptica del presente, de una era observada en el lugar de cierta oquedad, de un vacío.

En general, en este último Kadir la obra de arte, el texto cultural constituye la mayor demarcación del territorio de la ausencia, la metonimia idónea, la huella física de todo aquello que venimos omitiendo. En otras piezas, reunidas en la serie “Ángeles apuntalados”, concurrimos a la paradoja brutal y siempre muy expresiva de varias esculturas apuntaladas con alambre. El peso de la cultura, que es decir del hombre, del espíritu, sofisticadamente sostenido por la fragilidad del súbito entusiasta, del susto repentino, por el gesto que, desesperado e infructuoso, tranquiliza y compensa. La agonía de la caída retardada por el teatro del auxilio, eso es. El tiempo perturbado por la urgencia de hacerlo reversible. Y ciertamente, aun entre los alambres fantasmales, los ángeles conservan el linaje de esos ancianos que resultan decadentes sólo en la medida en que sepamos que la decadencia es la recia demostración de que se ha estado en la cima. Si los niños son ancianos, ¿por qué no van a serlo los ángeles?

En su conjunto son inertes estas obras: dan fe de una acción vencida, de un hecho que siempre ha acontecido. Imágenes hibernadas, clonadas, congeladas por el recuerdo. Testimonios de un pretérito subjetivo, espiritual, que, a su modo, ha sido vigoroso. Son pinturas dactilares que pretenden asilar una emoción. La emoción como el indicio último de la vivencia; el sentimiento como marca del hecho, la oportunidad de su prolongación. En ese entorno, apenas un motivo indicaría acción: la pesca. Pero entonces, por lo general, la pesca resulta otro acto sordo: los pescadores parecieran consumirse en el gesto de la redada, de la espera misma, como si fuera la pesca una finalidad sin fin, y no un medio para extraer algo, al menos un aprendizaje. La pesca es como el actor figurativo que encarna una figura abstracta de otro alcance: la espera. Espera y pesca son dos caras de un mismo

📍 Ave. 47 No. 3430 e/ 34 y 41, Kohly, La Habana, Cuba

☎ +5372065772 | +5352816686 | +1 310 525 6367

✉ kdirkolor@yahoo.es 🌐 www.kadirlopez.com



LIGHT HOUSE STUDIO

lugar actancial, marcado por la abulia y la contracción. La pesca se reduce al ritual de su proceso, de su mímica; lo que equivale a decir: a su representación. La consagración a la pesca acaba como la certeza de que nada aguarda por vivir, por salir a flote, después del mar. En algunas oportunidades, de los propios autos retenidos en el tiempo prorrumpen los nylons que esperan nada. Ocasionalmente de la pesca vienen las pinturas, o los espíritus, o ciertos objetos misteriosos, o el pasado rescatado. La paz espiritual o el motivo turbador; cuando se supondría que la pesca es un gesto que se desea dador, propiciante, cuando se supondría que la pesca llega a ser el resorte compensador de toda la poética del inmovilismo, termina siendo entonces teatro a tiempo completo, además que intenta, rictus de última hora, repetición de un gesto aprendido como indicio de salvamento, manierismo de la acción, sustitución de la vivencia. Pronombre, remoto, de la vida.

La pintura dactilar de Kadir López puede que reconstruya un itinerario de vida donde el artista es el niño aquel, viejo y solo, sentado en el borde esperando nada. Es posible que esta pintura exprese un estado de parálisis de la vivencia, que aluda de algún modo a unos días felices que perduran en la mente, en el viento, en la ilusión. Aun admitiendo lo anterior, pocos artistas de la actualidad consiguen expresar con tanta consistencia, casi irrefutable, el vacío existencial del presente, mucho más allá de la experiencia puntual del ser individual con su historia síquica. La pintura a que nos expone en este minuto Kadir López es una pintura con la desfachatez de someternos a la tumultuosa, soterrada evidencia que se nos encima cuando la última de las puertas se cierra, y no nos queda sino sumergirnos en la certeza del mayor desconcierto: Todos; todos ya se han ido.

Fuente:

La pintura de Kadir López explicada en tres figuras: la infancia, la ciudad y la pesca". En: Kadir 1972 lienzos. Catálogo. Lighthousespace, La Habana, 2006.